

La mujer de eleusis

JUAN AMANDO CALVO TIJERO

PRÓLOGO

La mano del hierofante, aquel que guía a los iniciados y los peregrinos, se levanta ante ella, azota su rostro con un haz de gavillas maduras y deposita algo en su palma.

Ella lo mira de reojo.

Cuatro semillas de granada, secas como las colinas peladas que rodean el Ática, amarillas como el oro que robaron los argonautas.

Un siervo del templo, ataviado con el disco lunar al cuello, llena los cuenco de madera policromada con un líquido pringoso, que apesta a dulce podredumbre y penetrante acidez, como una vasija de miel dejada demasiado tiempo al sol. Mientras termina su tarea, los iniciados siguen el canto monótono del sumo sacerdote, arrastrándose tras la divina invocación.

- Soy Deméter, a quien todos veneran, el poder más útil para dioses y hombres...

Se mete las semillas en la boca, igual que los demás, y bebe el contenido del cuenco de un solo trago. No sabe si la amargura, el sabor bilioso proviene del bebedizo o de las semillas, pero lo engulle sin pensar, tal y como les habían aconsejado los acólitos del hierofante cuando recibieron el baño purificador del mar en Phaleron.

No habían dejado de murmurar sobre lo que les pasaría después y de ello habían hablado en la peregrinación que les tenía que llevar del Kerameikos de Atenas a Eleusis.

- *Viajaremos al Olimpo- Habían sugerido los más jóvenes.*
- *Nos arrojarán al Leteo- Se habían lamentado los más viejos.*

De esa manera, el humor de los caminantes se había agriado y no había mejorado hasta que los acólitos les repartieron los bacchoi, las ramas sagradas, y comenzaron a entonar los obscenos cantos a Baubo, la anciana que había logrado hacer sonreír a Deméter durante la dolorosa ausencia de su hija.

No logra dilucidar más, puesto que ante sus ojos se suceden imágenes incomprensibles, retazos de sueños ajenos, los recuerdos más ocultos por el manto del olvido: el cortante aire de los Ródope azotándole la cara, el olor almizclado del pelaje de verano de Scyfax, su caballo, la melena rojiza de su madre danzando al viento enloquecido, el sol que destella en el bronce del casco de su padre. Caminos no tomados, amores rotos, duelos superados. Fiestas disfrutadas, viajes emprendidos y desvelos arrinconados.

Se mece, adelante y atrás, cada vez más rápido, hasta que la callosa mano del sumo sacerdote, oscurecida por la sangre encostrada de mil sacrificios, le sostiene por el cuello y le susurra al oído el nombre secreto de Dionisios.

- *Íakche. O Iakche!*

Poco a poco los muros del Telesterion, el inmenso salón que los acoge, recobran su forma y desvelan con sus pinturas parte del misterio a los iniciados: cómo Hades sedujo a Perséfone, hija de Deméter, y la llevó al inframundo; cómo su madre, enloquecida por el dolor de su pérdida, abocó a los hombres a tiempos de penuria y malas cosechas; cómo la falta de sacrificios obligó a Zeus a negociar con Hades la vuelta de Perséfone; cómo el dios de los muertos engañó a todos ofreciendo las semillas de una granada a la joven, condenándola a volver a su reino después de haber comido en él; cómo la tierra ofreció sus frutos por centuplicado cuando madre e hija se

reunieron. Y así en un ciclo sin final. Son las historias que han memorizado, las que ahora resucitan en torno suyo.

El hierofante sopla un cuerno de macho cabrío una sola vez y un silencio tan viscoso como el recuerdo del kykeón los envuelve. Recita los nombres de los primeros hombres que aprendieron el arte de la agricultura de la propia diosa Deméter, aquellos que fueron sus primeros sacerdotes.

- Por Celeo, por Diocles, por Eumolpos, por Polyxeino, por Triptólemo...

Los mystai, los iniciados, repiten los nombres como si fueran los apelativos secretos de las más altas deidades y cuando terminan, dos sacerdotes entran en el Anakoron, el sancta sanctorum del templo, para traer los objetos sagrados. El mundo adquiere contornos difusos y los colores se alteran, como si Pan estuviera cometiendo otra de sus travesuras, retumba todo con el cántico que marca su iniciación.

- He ayunado, he bebido el kykeón, he hecho mi trabajo y he depositado los objetos en la canasta y en la cesta.

En ese preciso momento vuelven los sacerdotes cargando con ellos y los iniciados hacen fila para mirar en su interior, con los sentidos aún excitados. Le late el corazón con la rapidez de las pezuñas de Scyfax al volar sobre las colinas y espera su turno. Apenas se tiene en pie y hay momentos en que apoya su frente en la espalda del iniciado que tiene delante, huele su sudor, prueba su gusto salado y se funde con él. Llega su momento y se asoma a la canasta. Ve una lira hecha pedazos. Una daga de oro le espera en la cesta.

Los que van detrás la obligan a avanzar hacia la entrada del Telesterion y allí descansa contra la imagen de Perséfone florecida. El sumo sacerdote flanquea la puerta que lleva a la explanada de los templos y los

campos de centeno segados semanas antes. Le pregunta qué ha visto y debe esforzarse para recordarlo.

- Una lira rota y un cuchillo de oro- Responde con la boca pastosa y los ojos llenos de arena.

- La canasta con la lira es tu cabeza. La cesta y la daga son tu corazón. Ve en paz, hermana, y espera tu momento ya que estás destinada a grandes gestas.

¿Qué se supone que significan las palabras del anciano? ¿Un acertijo dentro de un enigma envuelto en un misterio? ¿Un pedazo de sabiduría sobre el que reflexionar toda una vida? ¿La última burla por su fracaso?

No piensa en esas cuestiones más tarde, cuando danza alrededor de los grandes fuegos del Pannychis, el baile nocturno que despide los misterios. Desbroza de nuevo el Campo Rario y aventa la paja del centeno. Mana el kykeón de mil fuentes, las visiones se suceden y hay carne para olvidar el ayuno y goce en cuerpo ajeno para dejar atrás la soledad y la búsqueda interior.

Despierta al día siguiente envuelta en una ruda manta de lana y es consciente de que a nadie podrá revelar lo sucedido esos días, so pena de muerte. Mira lo que le rodea y siente las primeras punzadas de la incipiente nostalgia. Es hora de emprender el camino de vuelta a casa, a las llanuras eternas de Tracia.

Y allí vivir y esperar.

Esperar y vivir.

Hasta que la lira se quiebre.

Hasta que el dorado puñal despierte.

Una mujer sin aristas

Como le venía sucediendo últimamente, después de cada reunión con Giovanni, Catalina sintió la urgente necesidad de mandarlo todo al carajo, abandonar los años vividos entre tomos polvorientos y partituras olvidadas, como si fueran un lastre inútil, e intentar reconstruir el simulacro de relación que mantenía con Sebastián desde hacía cinco años.

- Podría haber sido un instrumentista de primera, la mejor de mi generación- Se recriminó mientras abandonaba la zona noble de la Real Academia de la Música- Viviría en Viena, Nueva York o San Petersburgo y no tendría que aguantar los desvaríos de mentes mediocres y lameculos.

Apenas pasaban cinco minutos de las once de la mañana, pero el cielo encapotado de la última semana seguía disecando el color rojizo de los ladrillos en la fachada de la Academia y robaba el brillo metálico a los remaches de los ventanales y las galerías modernistas. Desde que la primavera travestida en verano había cambiado su curso por un paisaje más revuelto, no había llovido y las nubes, recargadas y voluminosas como una odalisca preñada, habían ido cayendo más y más abajo hasta el punto de aplastar con su mera presencia a la gente que correteaba por la ciudad al compás de una hormiga obrera. Catalina, una hormiga más con ínfulas de reina, atravesó el hall de recepción sin rendir pleitesía a ninguno de los bustos de las grandes figuras musicales españolas. Ni siquiera dedicó una mirada a Sarasate, su santo patrón, o a sus profusos bigotes prusianos. Estaba reconcentrada en el estudio de lo que consideraba un callejón sin salida en su vida profesional y personal. Recordar las últimas frases de Giovanni, ligadas de manera

indisoluble con su actitud paternalista, le ayudó a soportar las estrecheces en el atestado autobús que la llevaba de vuelta a casa.

- Tienes destellos de originalidad, incluso de brillantez, pero falta concreción, una definición más clara del tema a tratar y te sobra algo de fantasía y espíritu conspiratorio. Demasiadas suposiciones y muy pocas conclusiones provechosas. Nos queda mucho trabajo juntos- Giovanni se había acariciado entonces la perilla descuidada con la que pretendía disimular una cicatriz fruto de un accidente de moto- Eso si no quieres abandonar el proyecto.

Y darte la satisfacción de tu vida, cabrón, había pensado Catalina. *Ya que no tienes encanto suficiente para conquistarme, cerrar el paso a mi futuro académico te produciría más o menos el mismo placer.* Sin embargo, había logrado reunir la entereza necesaria para recoger los restos de su tesis tras la autopsia brutal de su director y había asentido un par de veces en una muestra de fingida conformidad. Le había dado dos semanas más para demostrarle que no se había equivocado al confiar en ella.

El aire incandescente que despedía Catalina había tenido la virtud de proporcionarle un asiento en el autobús y la invisibilidad a ojos de los demás compañeros de viaje, especialmente los hombres. Aunque en ese momento no hubiese reparado en ello, era una mujer atractiva, no en el sentido prefabricado de una top model o al modo impactante de una prostituta de lujo, sino mediante una belleza más reposada que calaba en las emociones más profundas de la gente que conocía. Su voz, cuando rompía el silencio en el que se encontraba tan cómoda, podía manejar a su antojo voluntades ajenas, convocar el hielo del desprecio o el fuego de la pasión en los corazones de los demás y transmitir en cuatro palabras aquello que los literatos, geniales o de ínfima calidad, habían intentado capturar sin éxito desde el principio de los tiempos. Era bajita (*A portable lady*, la había llamado en una ocasión una profesora chipriota en un curso estival de arpa en la universidad de Winchester), de manos largas y dedos blancos, algo cargada de caderas (Al

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

